

SATIRA Y CRITICA EN DIEGO JOSE ABAD*

Roberto Heredia Correa**

Diego José Abad es sin duda uno de los escritores de nuestro siglo XVIII más citados y menos leídos. Con Campoy, Alegre, Clavigero, Castro, Landívar y otros forma el grupo más destacado de entre los jesuitas mexicanos que fueron expatriados en 1767. Autor de un poema latino de elevado aliento épico, que le ganó fama y prestigio de poeta y latinista en Europa y América, sus actividades en otros campos de la cultura han sufrido el abandono o desconocimiento derivados de tamaña hermandad, y, como en el caso de Campoy y Castro, a causa también del extravío de sus escritos. Su *Cursus philosophicus* fue dado a conocer y estudiado por Bernabé Navarro apenas en 1948, y ahora mismo está en proceso de traducción por obra de Mauricio Beuchot. Sus trabajos sobre temas de teología, matemáticas, geografía y derecho permanecen en la sombra, tal vez en la sombra perpetua. La imprenta salvó del olvido una obrita por muchas razones preciosa: *Dissertatio ludicro-seria. Num possit aliquis extra Italiam natus bene latine scribere*, publicada en Padua en 1778. El tema y el tono la hacen única; las circunstancias de su composición y publicación, también.

* Este texto fue leído en el XII Encuentro de investigadores del pensamiento novohispano. Universidad Autónoma del Estado de México.

** Instituto de Investigaciones Filológicas. Universidad Nacional Autónoma de México. México, D.F. Correo electrónico: rhc37@hotmail.com



Se trata de un ensayo satírico, escrito en latín, con el propósito de rebatir la opinión de un escritor italiano, que en cierta carta negaba a los extranjeros la capacidad de dominar la lengua latina.

La contienda era ya vieja. Se había recrudecido con la presencia en Italia de los varios millares de jesuitas expulsos, los más de ellos latinistas y doctos en diversas disciplinas. En relación con los españoles, la disputa era más compleja, pues implicaba aspectos de cultura general, históricos y políticos, y en ella participaban gentes de otros países. Destacados jesuitas españoles emprendieron de muchos modos la defensa de su patria.

Es importante señalar que Abad no intervino en el aspecto específicamente español de la contienda; tomó parte en ella solamente en calidad de no-italiano. Un jesuita francés, profesor de retórica, Teófilo Blanchard, le había solicitado que manifestara su opinión acerca de unas jactanciosas palabras que el escritor y latinista Giovanni Battista Roberti había expresado en una carta enviada al ilustre erudito y científico Francesco Maria Zanotti, también latinista notable, que después publicó impresas. En ellas alababa al escritor y profesor de retórica latina Girolamo Ferri, porque había refutado muy cumplidamente, dice, “a los que pretenden que los extranjeros son tan buenos escritores latinos como nosotros los italianos lo somos desde siempre”. Y añadía ya de su propia minerva: “la preeminencia en escribir latín correctamente es nuestra; y esta gloria debe retenerse diligentemente en Italia, y debe ponerse cuidado en que no se desvanezca en el futuro. Los escritos de los extranjeros huelen a cierta ‘extranjería’ que los oídos finos rechazan. A los transalpinos y ultramarinos este disgusto de nuestros oídos parece demasiado soberbio, pues no perciben en qué yerran. Repetidas veces caen en errores o -para hablar más cortésmente y con mayor verdad- en cierta incongruencia de ritmo, en cierta complicación de las frases, y, sobre todo, en cierta extravagancia de tropos, mayormente cuando menos lo sospechan. Las palabras son latinas, latinos los adverbios, latinas las partículas, latino a la perfección cada elemento, y, sin embargo, de aquí no resulta un discurso latino”.

Salta a la primera lectura de la carta la petulancia del autor y lo burdo de sus afirmaciones. La susceptibilidad criolla de Abad no se sintió tocada (recordemos a Eguiara y sus amigos); no hay referencia específica a la Nueva España en esas palabras; y, por lo demás, Abad debía estar sin cuidado, pues con anticipación había dado respuesta satisfactoria a esos re-

proches con el poema *De Deo*, que había sido recibido con aplauso por italianos, españoles y americanos. Ahora bien, la petulancia del italiano ciertamente debía reprobarse y humillarse; sus afirmaciones podían fácilmente confundirse, y debían refutarse; pero de ningún modo debían tomarse muy a pecho. Lo primero podía cumplirse por medio de unos párrafos satíricos; lo segundo merecía consideraciones más bien serias.

Hacia la mitad de su disertación Abad se pregunta por qué razones - puesto que él mismo no las expresa - Roberti piensa que sólo a los italianos se ha concedido saber latín; y en cambio esto está prohibido a franceses, belgas, españoles y demás hombres. Se contesta que, hasta donde puede alcanzarse, existen tres razones: "Roberti se persuadió, según opino, de que la gloria de escribir en latín pertenece a los italianos a perpetuidad, jamás a los extranjeros: o bien, porque los italianos han nacido en los mismos lugares en que nacieron aquellas cumbres de la latinidad, Plauto, Tulio, César, Catulo y demás; o bien, porque juzgó que solamente en Italia nacen hombres ingeniosos, y en las demás partes, hombres más tardos y limitados de ingenio; o bien, finalmente, porque consideró que los niños son educados óptimamente entre los italianos, y defectuosamente entre los demás pueblos".

Abad responde a estas tres razones sonriendo maliciosamente: sería verdaderamente asombroso, dice, que sólo porque alguien nació en Arpino o en Verona, alegue un "cierto derecho hereditario a la divina elocuencia de Cicerón o a la dulzura y sencillez de Catulo". En tal caso, continúa, "sería forzoso que tuviésemos tantos Catulos y Cicerones cuantos son los veroneses y arpinates. Si esto es verdad así, lamento mi desgracia; porque, habiendo vivido ya diez años en Italia, aún no me ha tocado en suerte ver esta dichosísima multitud". Un ejemplo claro y contundente (aunque teñido de cierta incompreensión ahora inadmisibles, entonces aceptables): los turcos son hombres inhabilísimos, sin elocuencia, sin cultura y ajenos totalmente al comercio de las musas; "y, sin embargo, muchos de ellos nacieron en aquellos lugares donde nacieron Sócrates, Platón, Demóstenes, Sófocles, Píndaro...; poseen las siete ciudades que rivalizan por la patria de Homero, y el Atica y todo el Peloponeso, regiones a las cuales debieron su origen tantas y tan grandes luminarias de Grecia, de donde, como de su origen, manaron todas las bellezas y gracias del decir, e igualmente todas las ciencias". Y viene la puntilla final: esto "no se convierte en motivo de

gloria para los turcos, sino más bien en motivo de ignominia”.

Para rebatir la segunda razón, Abad reitera una observación, que ya había expresado antes, en contra de la opinión prejuiciosa que nos lleva a magnificar y anteponer a los demás los ingenios de nuestros conciudadanos. Arguye también contra otro juicio erróneo, muy extendido, que por entonces ya iba desapareciendo; dice: “si fuera verdad lo que muchos creen, que quienes han nacido bajo un cielo más apacible han sido dotados también de un ingenio tanto más fecundo y para todas las cosas más dispuesto y mejor, ciertamente era forzoso que los mexicanos fuesen los más ingeniosos de los mortales, puesto que les tocó el cielo más favorable, y en ninguna parte una naturaleza más equilibrada distinguió variaciones más benignas de calor y de frío... Allí [en México] todo parece conjugarse en armonía, tanto para fomentar los estudios, como para alimentar los ingenios”. En este punto se percibe una irónica reticencia, que podemos suplir nosotros con desahogo: y yo no me atrevería a defender semejante disparate. Y concluye nuestro autor: “si queremos hacer un juicio verdadero y fallar echando a un lado el afecto, dondequiera que hayamos nacido los hombres, todos hemos sido formados del mismo barro”.

8

En cuanto a la tercera razón, Abad asienta que todas las naciones cultas se han atribuido alternativamente la gloria de una más excelente educación de sus hijos. ¿Los niños italianos son educados en forma conveniente, y los extranjeros en forma defectuosa? Contesta Abad: “Los franceses y los belgas tienen ediciones de todos los antiguos escritores latinos mucho más cuidadas y elegantes que los italianos..., [obras] que aun los italianos más cultos prefieren y aprecian. Tienen de todos estos mismos autores traducciones vernáculos muy elaboradas, y algunas veces, no contentos con una o dos, tienen tres y aun cuatro de un mismo autor... Tienen el *Método* de Rollin y el *Arte de aprender y enseñar* de José de Jouvency, y muchos otros libros de enseñanzas y observaciones de la lengua antigua, por medio de los cuales [los niños] son conducidos, como de la mano, a los más íntimos santuarios de la latinidad, a sus secretos más ocultos... Tienen, en una palabra, cuantos auxilios pueden desearse -y más que éstos no tienen los italianos- para alcanzar una auténtica y natural pureza y propiedad de la lengua latina”. Después de argumento tan definitivo, Abad no puede más que exclamar: “¿Por cuál privilegio, por cuál precisa prerrogativa se atribuye Roberti completamente y exclusivamente y personalmen-

te para sí y los suyos la primacía en el conocimiento del latín?” El escritor no contesta su propia pregunta y lanza un aguijón al italiano: “esto es para mí tan ridículo como si Roberti sostuviera obstinadamente que en todo el orbe de las tierras, cuanto queda fuera de Italia, en ningún lugar hay nadie que pueda marcar el ritmo con los pies y bailar elegantemente, sino que todos cuantos han nacido fuera de Italia erradamente

*y sin compás, avanzan moviendo los miembros
groseramente, y golpean con pie duro la madre tierra”*

No contento con este pinchazo que le ha clavado, Abad elabora cuidadosamente el golpe de ironía con que cerrará este argumento en la forma tradicional de un discurso silogístico: “Para Roberti son extranjeros y rebeldes a la lengua latina cuantos han nacido fuera de Italia. Mas para los antiguos romanos Italia estaba limitada hacia el norte por el Rubicón y el Arno... Roberti, nacido más allá del Rubicón, entre los cenomanos, según he oído, es extranjero y rebelde a la lengua romana, y será forzoso que «sus escritos huelva a cierta extranjería que los oídos finos rechazan»

El mismo Roberti, pues, sin advertirlo, se envolvió en su propia censura de los extranjeros.

Los ejemplos de Tito Livio y Terencio, ambos nacidos fuera de Italia, proporcionan a Abad el punto de partida para entrar a discutir la contraposición urbanidad- “extranjería”. Cicerón mismo, dice Abad, no dio una respuesta precisa a Marco Bruto, cuando éste le preguntó: “¿Qué es finalmente ese color de urbanidad?” “No lo sé”, contestó; “sólo sé que existe alguno”. Y añadió, tratando de explicarle ese concepto por medio de la noción opuesta: “Ya lo comprenderás cuando hayas llegado a la Galia; escucharás seguramente algunas palabras no usadas en Roma; pero éstas pueden ser sustituidas y olvidadas. Más importante es lo siguiente: el hecho de que en las voces de nuestros oradores algo canta y suena de manera más urbana; y esto se manifiesta no sólo en los oradores sino también en los demás habitantes”. Cuestión de vocabulario y de pronunciación; porque, si la “extranjería” implicara algún vicio de locución, ya en las palabras, ya en la organización de éstas, Teofrasto, que fue notado de extranjero por la viejecilla ateniense -según una anécdota bien conocida-, no hubiese sido juzgado por Cicerón como alguien que hablaba excelentemente el ático, ni hubiera dejado de reprocharle tal vicio. El mismo arpinate no sabía, pues, “qué sea finalmente ese color de urbanidad”.

Este atributo, “cuando la latinidad estaba vigente”, se adquiriría poco a poco y sin sentir en el trato y familiaridad de la vida cotidiana. Por tanto, concluye Abad: “todos somos igualmente extranjeros en cuanto a la pronunciación”. Ahora bien, en cuanto a la escritura, puesto que los italianos y los no-italianos tenemos los mismos maestros de latinidad, y nos tratamos con asidua y amistosa familiaridad con Plauto, Terencio y Cicerón, aquellas cuestiones, “¿qué es finalmente el color de urbanidad?”, “¿qué es finalmente el color de extranjería?”, son ahora más intrincadas y más difíciles de contestar que en tiempos de Cicerón. Pero Roberti, dice Abad, haciendo un guiño, ha resuelto el problema de manera expedita, cuando dice: “los extranjeros caen en errores o (para hablar más suave y verazmente) en cierta incongruencia de ritmos, en cierta complicación de las frases y, sobre todo, en cierta extravagancia de figuras; mayormente cuando menos lo sospechan. Las palabras son latinas, latinos los adverbios, latinas las partículas, perfectamente latino cada uno de los elementos; y, sin embargo, no resulta de aquí un discurso latino”. Desgraciadamente Roberti no ha descubierto ningún misterio; y, además, se equivoca de medio a medio. En efecto, nadie ignora que, aun cuando “cada una de las palabras sea latina, el curso y la conexión de las oraciones pueden ser defectuosos, y que más frecuentemente que en la elección de las palabras, se peca en la conducción y el hilo de la oración”. Toda la censura del italiano, pues, estriba en la unión de las palabras entre sí, en el tenor del estilo y en la construcción de las oraciones. Pero, exclama Abad, “¿Cuán dudoso y resbaladizo y propenso al error es un juicio de esta índole! No es tan fácil, como parece a Roberti, apreciar y juzgar rectamente si la frase, la locución y, para decirlo así, el condimento de las palabras, son latinos o no”. Y cuenta enseguida una anécdota, muy significativa y pertinente, de su larga experiencia como maestro y cultor de los autores latinos; no es raro, dice, que “hayamos reprobado en un escritor reciente alguna locución que él había recogido en todas sus palabras de algún autor clásico:

☞ *Está triste; y la negra antorcha sacude su cabellera desaliñada.*

☞ La locución me parecía totalmente española, y el tropo, inusual”. Se trataba de una composición que un adolescente mexicano le había llevado para que la corrigiera. “Pero sucedió por casualidad que aquel mismo día, mientras me ocupaba de otra cosa, vine a dar en aquel pasaje de Catulo:

*¿No ves? Las antorchas
sacuden sus áureas cabelleras*

que muchas veces en otras ocasiones había leído, pero del que nada recordaba. Y así, como debí hacerlo, retiré mi censura, y absolví y encomié el tropo y la locución que por mi impericia había condenado”.

Juzgar de la legitimidad de las palabras, es muy fácil; basta con recurrir al Forcellini. Pero juzgar si la textura y la composición de una oración son genuinos, cuando no hay falta en ninguna de las palabras, “esto es muy laborioso”, reconoce Abad, “y muy expuesto a error; porque ya se trata de un juicio sobre el estilo, la belleza y la forma del discurso”. El mismo Cicerón vacilaba, cuando se le preguntó cuál juzgaba él que era, de tanta diversidad que existe entre los buenos oradores, el mejor género, la mejor forma de oratoria: “asunto difícil, ¡dioses inmortales!, y el más difícil de todos... En una y otra formas hay algo sobresaliente”. Concluye nuestro autor: “Así se expresa aquél que es sin duda con mucho el más apto de todos los mortales, por su autoridad y sabiduría, para juzgar de estos asuntos y para sentenciar con cierta majestad de censor. Pero por eso mismo era más cauto y moderado en sus juicios. Esta moderación agradó menos a Roberti; él condena con prodigiosa soltura”.

Pero Abad no quiere dejar en manos de otro, así sean las de Cicerón, la última palabra de su razonamiento, y acude nuevamente a su experiencia de estudioso, profesor, escritor y poeta. Comprueba que todos nos persuadimos de tener oídos finos. De acuerdo con nuestras aficiones, lecturas y maestros, nos hemos conformado con cierta forma de estilo literario, y de él nos hemos embebido. Alabamos la obra que ha sido elaborada de acuerdo con ella; reprobamos la que de ella discrepa: “a quien se ha formado con el estilo de Quinto Curcio o de Tito Livio, el de César parecerá demasiado desnudo, lánguido e insípido; quien siente connatural la desnudez de César o la sencillez de Nepote, despreciará a quienes usan un estilo más semejante al de Curcio o Livio, y los condenarán como aliñados en demasía, grandilocuentes e hinchados, y que suenan algo grosero”. Y concluye finalmente nuestro autor: “de esta índole es, si no me engaño, la discrepancia que existe entre los italianos modernos y los extranjeros, en cuanto al estilo. Los extranjeros son muy comúnmente más impetuosos y más sonoros en el discurso; los italianos de hoy aman por lo común un estilo más suave y templado. Y he aquí por qué algunos extranjeros repugnan a los

italianos como si fuesen laxos, sin nervio y afeminados en el discurso; y, a su vez, algunos italianos repugnan a los extranjeros como insolentes, audaces y embrollados”.

Creo que más o menos juzgamos así, concluye Abad, tanto de nosotros mismos como de los extranjeros, cuando nos apartamos de la pasión, y acudimos a la verdad y al humanismo.

Abad murió en 1779, a los 52 años de edad, uno después de la publicación de esta *Dissertatio*. Aunque no era ciertamente viejo, sino hombre en plena madurez, tenía ya larga y profusa experiencia de la vida, de los estudios, de la cátedra y de la pluma. No tuvo petulancia de doctor; por lo contrario, siempre reconoció francamente los beneficios de sus maestros y sus guías, y siempre mostró disposición para enmendar los errores, y fuerza para rehacer el camino. No iba, pues, a dejar algo así como un testamento intelectual; pero nosotros podemos acoger como tal este texto. La latinidad es genuina y culta, como que había de ser por sí misma el argumento principal de la defensa y el vocero de todos los involucrados en la causa. La erudición, rica y bien asimilada, no abruma ni entorpece la lectura, ni peca de pedantería. La argumentación, en la corriente de un discurso fluido y ligero, se percibe bien trabada y sin saltos. El espíritu satírico ha sido sometido a un cauce risueño de amabilidad y travesura; se le ha inhibido, casi siempre, de la violencia, el sarcasmo y la injuria; ha rehuido toda vulgaridad, y se ha sostenido en un nivel de elegancia y humana comprensión. Los atisbos críticos son ejemplo de ponderación, de generosidad y de conciencia de límites. Todo el texto rebosa agilidad y gracia y una discreta combinación de lo serio y lo jocoso, como el título lo indica.